

El gran tesoro de servir desde el corazón

...

Al principio, la idea de ir a lo que entendíamos que era una “salida de campo” nos emocionó a todos. La postulación se propuso como una competencia por quién enviaría más rápidamente un correo en donde brevemente demostrara la emoción y el deseo por ser parte del proyecto. Fue tanta la agitación, que nos ocurrieron múltiples errores en la redacción, de los que se destacaron haber escrito “Bella Vista”, “Buena Vista”, “Villa Bonita”, “Hermosa Villa”, “Campo Hermoso”; en vez de Vista Hermosa, que realmente era el destino de la práctica, un error entendible, puesto que el nombre solo lo habíamos escuchado una vez, seguido de las palabras “es voluntario” y “necesitamos un correo” para que mitad del curso ya lo hubiera enviado. Después, solo quedaba reírse y esperar con ansias la respuesta a las postulaciones.

El jueves siguiente, los doctores abrieron a primera hora el documento con los grupos que conformarían las diferentes prácticas, incluyendo el proyecto de Vista Hermosa. La emoción se apoderó de nosotros al ver nuestros nombres en aquel documento, que habían salido de una cuidadosa selección con base en nuestras cualidades. Desde el primer momento nos comenzamos a preparar para realizar nuestra labor, llenándonos de nuevos conocimientos, yendo a reuniones y haciendo largos análisis sobre el contexto de la población.

La Odontología es un arte médico, no solo por las múltiples actividades manuales que realizamos, sino que también somos expertos en analizar pequeños detalles, expresiones, gestos y modismos. Podemos saber variedad de curiosidades de una persona con solo mirar su rostro y somos prácticos en indagar cuidadosamente en simples oraciones. Sin embargo, más allá de inquirir, sabemos conectar con los demás. Ese es el arte que como estudiantes desarrollamos en nuestro diario vivir, y es aquella habilidad la que utilizaríamos para poder compartir y acompañar a la comunidad.

Ya en Vista Hermosa, nos embarcamos como equipo en una camioneta que era a prueba de todo: subía senderos destapados e inclinados, pasaba por riachuelos y no se detenía hasta llegar al destino. Nos fuimos en la parte de atrás maravillándonos por las vistas, parecíamos estar recorriendo parte del paraíso, el aire se sentía ligero y se alcanzaban a distinguir algunos de los perfumes de las flores que bañaban el ambiente. En la camioneta tuvimos improvisadas clases de zoo-distinción de especies y agricultura local, dictadas de forma gratuita por quienes tuviéramos conocimientos del territorio.

Los días terminaron con una sonrisa en nuestros rostros, incluso en los rostros de los profesores que nos acompañaron en todo momento. La consumación de los días se resume en estas palabras: nuestra labor no solo se remite a cuatro paredes y una fresa, va más allá y puede incluso sanar corazones, curar realidades y traspasar barreras que las prácticas comunes no logran.

Proyectos como estos son los que realmente nos vuelven humanos. El afán del estudio, las notas, los logros forzosamente cumplidos... nos pueden destruir como profesionales, y es una especie de espejismo entre los académicos. Múltiples veces se cuestiona ¿qué ocurre con los profesionales actuales que parecen actuar sin corazón? La respuesta es que el aprendizaje se ha vuelto una actividad en la que se busca no colmar el saber, sino lograr desenfadadamente adquirir valor a través de calificaciones y cursar satisfactoriamente algo que se ha definido como “el semestre”. Esto altera la motivación de los que desean estudiar y transforman al profesional que en un principio empezó por amor a educarse; es aquí donde yace el valor de estas actividades, de estas hermosas experiencias que rompen con el cruel dilema.

Si estas palabras no son suficientes para hacerles dimensionar nuestra experiencia, por favor, permítannos expresarnos de forma un poco más fraternal en los siguientes párrafos:

Una mirada desde la empatía

Mateo Álvarez Barrero

Inicialmente, como estudiante de Odontología, mi idea era ayudar a las personas con su salud oral. Pero en experiencias como las que vivimos en Vista Hermosa, Meta, te das cuenta de que hay más de una forma para ayudar a aquellos que lo necesitan. En un principio, mis expectativas de esta práctica comunitaria eran altas, y estas se cumplieron completamente. La satisfacción de ver a una comunidad feliz por tu llegada y agradecida por tu labor es suficiente para darte cuenta de que estás haciendo lo correcto. En general, es una experiencia de constante aprendizaje en la cual ambas partes se ven beneficiadas y, por lo tanto, me quedo con más ganas de volver a tener una oportunidad como está.

En cuanto a las experiencias vividas, te das cuenta de lo triste y difícil que es la realidad de algunas personas, y llegas a sentir que brindarles tu ayuda a aquellas que lo necesitan es lo mínimo que puedes hacer. Puede que al inicio la empatía con esas personas llegué a sentirse como tristeza, sin embargo, este sentimiento se ve opacado por las sonrisas que dejas a cada una de las personas a las cuales les has brindado una ayuda. Siento que todo lo vivido en Vista Hermosa es un recordatorio del porqué quiero vivir el resto de mi vida trabajando para ayudar a las personas.

Una mirada desde la gratitud

Yulieth Fernanda Suarez Romero

Primero que todo, quiero agradecerle a cada una de las personas que hicimos parte de este lindo proyecto, del cual me llevo muchas cosas en el corazón y gran cantidad de experiencias. Más que experiencias, diría que es el aprendizaje que logré tener no solo como profesional, sino también como persona, ya que al comienzo de este proyecto mis expectativas eran completamente distintas a lo que realmente llegué a vivir, principalmente porque yo solo iba con la mentalidad de “vamos a ver dientes”, de que Vista Hermosa iba a ser un caserío, que Caño Amarillo iba a ser solo el colegio y nada más. Claramente no fue así, todo fue mucho mejor de lo que me esperaba: el trato con las personas, el cariño de los niños, la amabilidad con la que nos recibían en cada uno de los lugares a los que llegábamos... cada hogar visitado fue convirtiéndose en una experiencia inolvidable.

Sin embargo, nada mejor que ver la cara de satisfacción de los niños luego de haberles realizado su valoración odontológica (teniendo en cuenta que algunos de ellos, al comienzo, no lo permitían) y que al final me dijeran "gracias, doctora."; o cuando realizamos la implementación

de los planes caseros en cada una de las familias, y me manifestaban su aprecio con un abrazo, una sonrisa enternecedora, un dulce inclusive con dibujos que ellos mismos hacían, dejando un mensajito como “eres la mejor Dra.”. Luego de un día muy agitado y caluroso, la recompensa reposaba en esos pequeños actos. En el fondo, esto me hacía entender que estaba realizando las cosas bien.

Los niños me hicieron volver a etapas de mi niñez en cada uno de los momentos que compartíamos con los chiquis. Sus historias y sus juegos nos permitían transmutar de nuestra faceta de estudiantes de Odontología, a amigos capaces de escuchar activamente historias, muchas veces tristes, historias capaces de desgarrar el corazón, en las que solo podía mostrar mi lado más fuerte y acompañar respetuosamente aquellos corazones heridos.

Puedo decir que me siento muy afortunada de haber hecho parte de este hermoso grupo que fue a cumplir una muy linda labor con las familias de Caño Amarillo. No resta más que decir que actividades como estas son las que realmente nos ayudan a formarnos en el camino de la vida, ya que nos hacen salir de “la caja” en la que permanecemos día tras día, son estas actividades las que nos llevan a vivir experiencias inolvidables.

Una mirada de cambio

Isabela Pulido Barrios

Al escuchar acerca del proyecto, me animé a participar debido a que me pareció bueno ayudar a una población que lo necesita y que ha pasado por tanto. Al inicio, pensé que al llegar allá los niños y las familias iban a ser un poco más reservados, e iba a ser difícil que confiaran en nosotros, pero al llegar fue distinto a lo que pensé.

Participar del Proyecto Javeriano de Paz y Reconciliación fue una experiencia más especial de lo que esperé. La alegría, esperanza y energía que tenían los niños fue algo increíble. Nos recibieron con mucha amabilidad y cada día tenían más confianza con nosotros. Ayudar a las familias y a los niños, ver sus sonrisas y agradecimiento fue algo muy especial, un sentimiento que llena al saber que, aunque sean cosas pequeñas, podemos ayudar un poco en la vida de esas familias.

Una mirada de satisfacción

Juan José Jaramillo Narváez

Mi experiencia en Vista Hermosa la puedo definir en una palabra: solidaridad. En el momento que nos hablaron del Proyecto de Paz y Reconciliación que maneja la Universidad, no dudé ni un segundo en participar, ya que este contiene todos los parámetros que me caracterizan y se unen con mis sentimientos de ser javeriano.

En las dos salidas de campo, me identifiqué mucho con mi carrera (Odontología) y con mis ganas de poder ayudar a la gente, fue muy bonito el poder ayudar a muchos niños y familias, dándome cuenta de que con cosas pequeñas se pueden hacer enormes cambios. El Proyecto generó en mí el deseo de seguir ayudando a más personas, de concientizarme de lo importante que es ser solidario con los demás, y lo más bonito fue poder hacerlo desde la profesión que escogí. La Universidad debería continuar con todos estos proyectos porque no se alcanzan a imaginar la felicidad que se le puede generar a las comunidades y el buen nombre que se genera para la Institución.

Una mirada Crítica y analítica

Deyfan Jheraldine Arevalo Mosquera

A un lado el llano y al otro las montañas, este lugar no da la mínima impresión de haber atravesado por la dura guerra, a no ser por las memorias plasmadas en arte, en su gente y su ambiente. Solo se respira amabilidad y mucha cordialidad. Al adentrarnos un poco más por un camino un poco arduo, llegamos a la vereda Caño Amarillo, donde nuevamente el calor del día y de las personas nos acogió, sobre todo el de los niños de la escuela Pedro Nel Jiménez.

Este trabajo en comunidad nos mostró las realidades de distintas familias, nos permitió adentrarnos un poco en su entorno, y también reconocer la insuficiencia de salud pública que existe en algunos territorios de Colombia. Como futuros odontólogos, nos dimos cuenta de la otra cara de la moneda y nos llevó a cuestionarnos de qué manera podíamos aportar algo mínimo a esta comunidad, desde un breve juego a los niños, hasta resolver algunas necesidades de los hogares. Este es el tipo de trabajo comunitario que todos deberíamos experimentar durante nuestra carrera para elaborar nuestro propio concepto de qué tipo de profesionales queremos ser.

La forma en la cual vemos el mundo definirá cómo vivamos en él y la disponibilidad que tengamos para hacerlo le dará valor a nuestra visión. Nosotros escogemos vivir desde el servicio y ver con los ojos del amor, la gratitud y la empatía el cambio que deseamos para la dura realidad que no queremos ignorar, sino hacerle frente desde nuestros principios y saberes. No podemos cambiar las leyes, acabar la pobreza o terminar con el sufrimiento, pero lo que sí podemos es acompañar al enfermo, escuchar al afligido y restaurar sonrisas en aquellos que las circunstancias de la vida les ha hecho olvidar como sonreír.

Un pequeño relato desde la experiencia de algunos estudiantes de Odontología. Gracias por brindarnos esta maravillosa oportunidad.

Edición realizada por: Daniel Alejandro Ortiz Macea